



Ángeles vestidos de negro

Isabel Cortés Tabilo



Ángeles vestidos de negro

Isabel Cortés Tabilo



©Copyright 2019, by Isabel del Rosario Cortés Tabilo
isabelcortestabilo@gmail.com
Colección Sendero de Cuentos
«Ángeles vestidos de negro»
Cuentos chilenos, 122 páginas
Tercera edición: julio de 2019
Edita y distribuye editorial Santa Inés
Santa Inés 2430, La Campiña de Nos, San Bernardo de
Chile
(56-2) 229335746
librosdelaeditorial@gmail.com
Facebook: Editorial Santa Inés
www.editorialsantaines.cl
Registro de Propiedad Intelectual N° 174.535
ISBN: 978-956-8675-66-0
eISBN: 9789568675837
Edición Gráfica y Literaria: Patricia González
Edición de Estilo y Ortografía: Susana Carrasco
Ilustración de Portada: Andrés Cotrina
Edición Electrónica: Sergio Cruz
Impreso en Chile / Printed in Chile
Derechos Reservados

Agradecimientos

Agradezco a Dios y a la Virgen el maravilloso don con el que me han bendecido, que ha sido como un bálsamo de rosas en mi vida.

A mis padres, Benito y Noemí quienes, con su humildad y esfuerzo, me dieron las alas de la motivación para volar en pos de mis quimeras y perseverar hasta alcanzar otra estrella, mi tercer libro.

Quiero dar las infinitas gracias a mi familia, especialmente, a mi amado esposo, Mario Araya Fritis quien, con su infinito amor, me ha dejado soñar y alcanzar mis metas; por su paciencia perenne como un paño de hierbas, con mis excentricidades.

A mis adorados polluelos: Mariana Isabel, Gabriela Noemí y Paulo Emanuel, quienes comprenden y apoyan, el afán maravilloso de la vocación de escritora, así poder plasmar mis historias y versos en otro libro, robándole las horas al tiempo, sin que ello menoscabe nuestros encuentros familiares.

A mis encantadores hermanos: Benedicta, Julián, Rosalba, Patricia y Deisy; de quienes me siento muy orgullosa. Gracias por compartir conmigo el carrusel de sueños, acunados en los brazos de la infancia privilegiada que vivimos juntos.

A mis pares del grupo literario «Voces del desierto», con quienes compartimos tardes mágicas, bordando de letras de la pampa nortina, de la magia el desierto con historias, cuentos y poesías.

A mi hada madrina, Amanda Fritis Soto quien, con su espíritu dadivoso de una verdadera maestra, me ha

permitido ser su hija literaria y, como discípula, seguir sus huellas.

A mis amigos lectores quienes han acogido con alegría mis obras literarias: «Un milagro en medio del sufrimiento», «Catarsis de la humanidad», «La magia de la vida», «Una pincelada al mundo onírico», «Ángeles en un trébol de cinco hojas»; y, ahora, estoy segura que recibirán con el mismo fervor esta tercera edición de libro «Ángeles vestidos de negro», que dejo en sus manos.

Isabel Cortés Tabilo
Calama, 2019

Agradecimientos

Gabriela Mistral

No tengo solo un ángel
con ala estremecida;
me mecen como al mar
mecen las dos orillas,
el ángel que da el gozo
y el que me da la agonía,
el de las alas tremolantes
el de las alas finas.

Yo sé, cuando amanece,
cuál va a regirme el día,
si el de color de llama
o el de color ceniza,
y me les doy como alga
la ola, contrita.

Solo una vez volaron
con las alas unidas:
el día del amor,
el de la epifanía.
¡Se juntaron en una
sus alas enemigas,
y anudaron el nudo
de la muerte y la vida!

Prólogo

Isabel Cortés Tabilo ha sembrado, con sus versos y cuentos, el desierto más seco del mundo, dando frutos en poesía que refrescan el alma, purifican al ser humano; en cuentos que ella sueña y recrea en forma literaria, luego los transporta mágicamente al papel. Inagotables sus manos escriben, sus pensamientos trabajan sin descanso, dando vida a los personajes que apretujados salen de la mente creadora de esta misteriosa escritora.

Ella deja volar su imaginación por la cima de lo humano para extraer lo febril, el sortilegio, el encanto que los ojos comunes no ven; viaja por valles de voces suaves y murmullos en los fantásticos mundos de la fantasía, que hacen gemir su alma de esperanza silenciosa, ruidos de amor que solo ella escucha y atesora para traspasarlo a sus escritos.

Isabel, una mujer que siendo de Canela, IV Región, viene al norte de nuestro país a describir la belleza de la soledad, a ver con ojos de escritora toda la cosmovisión, descubriendo las dunas de arena en nuestros cuerpos y el hilillo del río Loa en nuestras venas.

A esas noches tan claras tachonadas de estrellas, que por lo helado parecen pequeños diamantes; sin dejar de lado sus labores de madre, esposa, goza recordando el olor a tierra húmeda, a albahaca, a campos floridos rociados con recuerdos, de ese deambular por corrales y sembradíos de amor que heredó de sus antepasados, que son personajes que ella maquilladamente introduce en sus cuentos o en sus versos.

Sin embargo, nuestra escritora vuela mucho más alto a

través de paisajes ensoñados, que atraviesan su sensible alma para enriquecerla con la belleza, que se encuentra en sus libros, no solo por eso, el destino ha querido que entre el oasis de Calama y el río Loa, se cultive la historia de esta mujer auténtica que ha emergido con fuerza como escritora fecunda de nuestro país.

Amanda Fritis Soto
Poetisa y escritora

Silenciosa espera

Agustín Soza era un anciano que acaba de enviudar y para él, los meses arrastraban los días en forma de reloj de arena; su esposa, Rosa Villarreal, era todo lo que él tenía en la vida; a pesar de que habían tenido una docena de hijos. Ellos, por razones de salud, años atrás habían decidido emigrar del norte grande e irse a vivir a la región de las leyendas y brujas. Adquirieron una linda casa frente a las montañas con jardines y hermosos rosales; los hijos ya adultos se quedaron trabajando en la gran minería, tenían sus vidas hechas, cada cual por su lado, lejos de sus progenitores.

Cuando Rosa falleció, a Agustín el mundo se le vino encima, él estaba muy dependiente de ella, ni siquiera sabía cocinar, Rosa lo atendía como a un rey. Su tristeza hizo que él cayera en una depresión silenciosa, su alma estaba desierta; todas las noches la soñaba: con trajes de dama antigua con esos cabellos de trigales benditos, su sonrisa generosa, sus ojos cautivantes, misteriosos... llamándolo.

En las noches de sombras y fantasmas, se imaginaba asimismo vestido de zorro, con una capa negra ondulando al viento, una espada brillando en la oscuridad, volando raudo al campo santo, espantando mil demonios, ladrones y asaltantes; defendiendo con su vida las joyas, los dientes de oro de su amada Rosa. Llevando rosas rojas, las que a ella le fascinaban, inciensos y candelabros; sin embargo, él ya no sabía si eran realidad o sueños.

Era una historia increíble, como esos cuentos de hadas dignos de una leyenda. Cuando se conocieron, Rosa era la

reina de la primavera, la princesa encantada, la más hermosa de todas las flores. Se casaron, tuvieron muchos hijos, vivían en el campo, entre cerros empinados, praderas llenas de trigales dorados por el sol, graneros frondosos, una diversidad de animales.

Un día recibió malos comentarios. Que Rosa estaba en la era con un fulano del fundo vecino, que la vieron en el granero con «el patas negras». Él, sabiamente, nunca quiso hacer caso a chismes y rumores que pudiesen romper con la magia de su familia ideal. Rosa se esmeraba de sobremanera en atenderlo, le llevaba el almuerzo a la lluvia, tomaban mate mirando el crepúsculo del sol, con queso asado en el brasero; luego cegaban a la par, días, meses, años, los frutos de la tierra generosa, que brindaba todo tipo de hortalizas. Rosa hacía harina, amasaba pan, lo cocía en hornos de barro, hacía chuchoca, tortillas de rescoldo, cocinaba como las diosas. Nadie tenía las virtudes de Rosa quien, a pesar del trabajo doméstico, tenía las manos blancas y suaves y las uñas largas y afiladas. Lo de diosa se lo había ganado en todo el campo por ser una mujer sin prejuicios. «La diosa», le decían los hombres que la deseaban con lujuria; a ella no le importaba, todo lo contrario.

Rosa pensaba que a las mujeres les daba una enfermedad, que ella llamaba «la fiebre roja», refiriéndose a la pasión. Lo que ella se sacaba sin escrúpulos con los campesinos que estuviesen cerca. Ella no tenía ningún tipo de remordimientos, a sus amigas les comentaba que había que complacer a los hombres, desnudarse en un ritual como un baile de odaliscas, para que las adoraran con locura. Si no lograban sacarse la fiebre, las mujeres se podrían enfermar, marchitándose como una flor sin agua.

Rosa era conocida y odiada por aquellas esposas a quienes los maridos se les escapaban en las noches en busca del éxtasis que solo la Diosa les podía ofrecer, complaciéndolos al extremo; ofreciéndoles la delicia del placer en la copa de su cuerpo. Ella los hacía volar hacia las nubes, cruzar montes y valles en las alas de la fantasía.

—¡Déjelos no más! que hable toda esa gente envidiosa porque nadie tiene la joyita que yo tengo —murmuraba Agustín, a veces confundido con tanto rumor de su Rosita.

—Ella es divina —se decía, mientras se esmeraba en hacerle regalos, vestirla como a una doncella.

Ciertamente, él era quien tenía a la Diosa en su casa, quien era muy hacendosa e ingeniosa para mantenerlo enamorado y embrujado. De ahí, venía el otro apodo de Rosa.

—¡Ahí va la Bruja!, esa que tiene trabajando al pobre Agustín, que no se da cuenta de la mujerzuela que tiene a su lado —rumoreaban las mujeres en el campo cuando la veían pasar.

—«A palabras necias, oídos sordos». ¿Qué haría sin ella? ¿Qué sería de los hijos si ella se fuera con otro? Es la mejor mamá del universo, la esposa perfecta —Agustín concluía para sus adentros al oír esos comentarios.

—Hablan de pura envidia esos huasos brutos o esas campesinas ociosas que viven del pelambre, que se preocupan solo de calumniar a la gente buena que no le hace mal a nadie —replicaba el marido aunque las evidencias estaban a la vista—. Todo porque la Rosa es la más bella de todas las mujeres.

Una noche, cuando ella solícita como habitualmente le servía vino, él terminó embriagado como siempre, estrategia que ella usaba para llevar a su amante de turno